

# LA CAIDA DE UN BUEN PRESIDENTE, DON TOMAS ESTRADA PALMA

Por Oscar  
Ossorio de  
la Torre

UN DIA como hoy, el cuatro de noviembre de mil novecientos ocho, falleció el ilustre y bondadoso ciudadano, Tomás Estrada Palma, ex presidente por tres veces de la República cubana.

En su tumba se pusieron muchas coronas, pero una, nos hubo de parecer la más expresiva: fué la de Mr. Magoon, decía así: «a la memoria de un hombre honrado».

Entre los vítores y aplausos de aquellos que se dieron cuenta exacta de las conquistas alcanzadas, abrióse la nueva era el 2 de enero de 1902 cuando en los comicios se proclamó la candidatura triunfante del señor Presidente, Tomás Estrada Palma.

Después de un largo período nefasto, que todos debemos recordar con horror y tras el rudo batallar de inacabables contiendas por la libertad y el derecho, surgió al fin en nuestro país la ansiada República. La República fué después de tantas contrariedades, un hecho palpable, no fué la engañosa esfinge, como creyeron muchos cubanos que dudaron de la sinceridad del Gobierno y pueblo americano, esfinge vista a lo lejos y vaporosa como sombra del desierto. Nació en el hosanna de los que no habían olvidado el odioso pasado y con los malos pronósticos e imprecaciones de los de pobre de co-

razón, ignorantes o viles que hicieron el triste papel en aquellas horas de supremas alegrías de aves agoreras, tal vez porque la envidia, una de las más bajas pasiones, les inundaba el alma de siniestras sombras.

Pasó la radiante luz de aquella era venturosa, las maldicientes lenguas callaron y todos saludaron con el nuevo año al Siglo XX y dieron adiós al siglo que terminaba, porque se llevaba nuestras desdichas pasadas.

La campaña electoral por la candidatura de Estrada Palma, fué muy movida en Cuba: una gran parte de nuestro pueblo combatía rudamente al honrado y virtuoso solitario de «Central Valley». Algunos periódicos hicieron una feroz cruzada contra el venerable anciano, que tantos méritos atesoraba en su corazón y cerebro.

La inmensa mayoría del país sensato, acogió con simpatías la primitiva candidatura de Tomás Estrada Palma y Bartolomé Masó, el primero para Presidente y el segundo para vicepresidente.

La exclusiva ambición personal, fué la causa de la división del Partido Nacional en la Habana y desde entonces inicióse una ardiente campaña en favor de Masó, aunque no le negaban honorabilidad al destruido de «Central Valley» se le derribó del pedestal y lo menos que se dijo de él fué, que era un candidato impuesto por el Gobierno de Washington, que lo quería de Presidente para llevarnos de cabeza a la anexión. A los amigos de Estrada Palma, se les llamaba «americanizantes» y «anexionistas».

Hubo desaforados gritos de «abajo el traidor» en Camagüey y en Manzanillo fué apedreado por unos cuantos exaltados, la ilustre y prestigiosa personalidad del Generalísimo Máximo Gómez, por el hecho de recomendar la candidatura de Estrada Palma...

A aquellos que hablaban sobre «libertad» «derecho público»; «deberes sociales», fueron los mismos que con prometieron el porvenir de la patria.

Llegó a enaltecerse el pasado; algunos viejos autonomistas se pusieron en contra de Estrada Palma, con la mayor frescura se manifestaban en público ideas simbolizadas de días luctuosos para el país. Con toda esta catilinaria, con todo este amasijo de recriminaciones, preocupaciones e ingratitudes, el partido contrario a la candidatura de Estrada Palma, se fué al retraimiento y el día dos de enero de mil novecientos dos, fué proclamada la candidatura de Tomás Estrada Palma, como presidente de la República de Cuba sin ningún opositor.

Bajo estos tristes auspicios, se fundó la República el veinte de mayo de mil novecientos dos, haciendo entrega del mando de la Isla el propio día en nombre de los Estados Unidos de América, el General Wood.

En el gobierno de Estrada Palma, hubo libertad, garantías para todos los habitantes y dinero abundante en el Tesoro de la República. Era Don Tomás, de temperamento apacible sencillo y afable en su trato. Su modestia era proverbial, no se hinchó como otros, en el poder y no lo desvaneció el vértigo de la altura. Su mujer y sus hijos vivían modestamente en el Palacio de los antiguos capitanes generales, como la familia de cualquier ciudadano de buenas costumbres.

Don Tomás era excesivamente honrado: no debe haberse olvidado que cierta vez uno de los asiduos contertulios de Palacio, le propuso un lucrativo negocio: tratábase de la compra del teatro Tacón, donde podía obtener el Presidente una ganancia, sin responsabilidad, de cincuenta mil pesos. Don Tomás, por toda respuesta, se levantó de su asiento y señaló al atrevido la puerta de la calle. Aquel hombre grande, aquel bondadoso y ejemplar Gobernante en una República de raza hispanolatina, fué obligado, despiadada y violentamente a dejar la silla presidencial: y a última hora hasta fué amenazado por sus compatriotas, el inermé anciano, que nos había dado un hermosísimo ejemplo de economía en los gastos, una excelente administración liberal y justa.

La algarada de agosto, fué una gran calamidad para el país. Nada edificó, nada trajo que mejorase o siquiera igualase lo que violentamente derrumbó. En dos años de Intervención desaparecieron de las Arcas del Tesoro los veintiseis millones de pesos ahorrados por el gran patriota Estrada Palma.

Los agostinos, debieron haber pensado que el gobierno de una República es la imagen de los individuos que la constituyen y que la libertad de una nación en cuyo corazón reinó la esclavitud no podría resultar del simple cambio de gobernantes o de instituciones y mientras prevalezca la fatal ilusión de que la libertad depende de la forma de gobierno, las revoluciones que se hacen con el objeto de conseguirla, no tendrán más valor ni producirán más resultados duraderos por costosos que sean, que el simple cambio de unos males por otros. «La libertad no puede tener fundamento sólido, sino en la fuerza de carácter de los individuos, lo cual es a la vez firme garantía de la seguridad personal y del progreso nacional» como dice el ilustre pensador Samuel Smiles.

¿Eran mejores los liberales que los moderados?... La historia lo proclamará, en su día.

Goce, en la Eternidad, de paz eterna, el insigne patriota Tomás Estrada Palma, jamás bastante llorado por los hijos de Cuba.  
Maceo, Oriente.

*Del  
Nov. 1932 -*